

RESEÑAS

ICHON, Alain, y Marion P. HATCH: *Archéologie de Sauvetage dans la vallée du Río Chixoy 4.—Los Encuentros*. Centre National de la Recherche Scientifique (RCP 500). París, 1982. 192 pp., 113 figuras.

El esfuerzo realizado por los componentes de la Misión Científica Francesa en Guatemala con el fin de llevar a cabo un apretado programa de rescate de sitios arqueológicos en la cuenca del río Chixoy ha comenzado a dar sus primeros frutos, y desde hace dos años disponemos de datos suficientes para conocer con cierto detalle el desarrollo de las comunidades prehispánicas emplazadas en los límites de los departamentos de El Quiché, Alta Verapaz y Baja Verapaz. Los trabajos, que se efectuaron en diferentes temporadas entre los años 1977 y 1982, no tenían como objeto fundamental la restauración de las estructuras más importantes que se encontraron a lo largo de la mencionada cuenca, las cuales habrán de ser cubiertas por las aguas de una gran presa que hoy día está prácticamente finalizada. Se trataba, por el contrario, de tener una idea lo más completa posible del desarrollo cultural de los asentamientos localizados en la cuenca del río Chixoy y de sus tributarios más relevantes para, después de su clasificación en pequeños, medianos y grandes, hacer un completo programa de excavaciones en aquellos considerados más importantes. Tres yacimientos llamaron, por su complejidad, la atención de los responsables de la Misión Francesa: Pueblo Viejo-Chixoy, Cauinal y Los Encuentros; siendo este último objeto de la publicación que ahora comentamos.

La monografía dedicada al sitio de Los Encuentros está dividida en dos grandes bloques, a cuyo cargo se encuentran los autores que la firman. El primero de ellos, escrito por A. Ichon, concierne al estudio

de los restos arquitectónicos y se subdivide en seis capítulos, de los cuales los cinco primeros tienen un carácter eminentemente descriptivo, mientras que el último está dedicado a la recapitulación y a las conclusiones generales expuestas por período. En esta primera parte, que resulta muy interesante y la única realmente interpretativa del desarrollo cultural del yacimiento, se han tratado por separado —desde una óptica formal y funcional— las estructuras emplazadas en el recinto ceremonial de aquellas que se localizan en la periferia del sitio, las cuales se agrupan, según la interpretación de A. Ichon, en pequeñas aldeas y caseríos dispersos a lo largo de los afluentes que atraviesan los encajonados valles que tributan en la cuenca del Chixoy.

El análisis formal y funcional de las construcciones recuperadas culmina con un estudio interpretativo acerca del desarrollo económico, político y religioso de un yacimiento que se fundó en el Preclásico Medio (siglo VI a. de C.) a partir de reducidas terrazas que, todo lo más, formaban una aldea y que, con el tiempo, se transformó en el núcleo económico, religioso, político y administrativo que dominó tanto la mencionada cuenca como otras secundarias. Al final del período Clásico Tardío se inician una serie de transformaciones en el centro como consecuencia de la intrusión de nuevos pueblos, presumiblemente de origen mexicano, que afectan al centro ceremonial, pero no a su área circundante, y dan lugar a un complejo cultural que cada vez se va perfilando más en la región maya conocida como altiplano norte de Guatemala: el Epiclásico.

La segunda parte de la monografía sobre Los Encuentros, a cargo de M. P. Hatch, aborda el análisis del material recuperado en el curso de la excavación del sitio. A su vez, se divide en tres capítulos, de los cuales dos están dedicados al estudio de la cerámica y el tercero a los materiales líticos, de concha y metal. La parte fundamental de esta investigación concierne al estudio de la cerámica, en el cual, a pesar de un tratamiento muy correcto en lo referente a la descripción tipológica de los artefactos y a su presentación, echamos en falta una serie de datos que podrían haber sido fundamentales, tanto para la comprensión de la propia tipología como para la determinación de la importancia provincial y regional del sitio, de sus relaciones con otros centros cercanos y de los contactos con el exterior a lo largo de su dilatada vida.

El sistema de organizar toda la clasificación en torno a la seriación de una sola *ware* que mantiene su presencia a lo largo de toda la secuencia de ocupación del yacimiento, puede ser una idea válida siempre que se acomoden a ella secuencias parciales de otras zonas, aunque en algunas de ellas aparezcan grandes lagunas y difíciles asimilaciones de los tipos cerámicos; sin embargo, me parece de cierta importancia la omisión —admitida pero no justificada por la autora, que nos remite

a otra publicación— de la definición del concepto de *ware* empleado, así como la clarificación de los mecanismos que componen el sistema de clasificación. Es decir, que existe una descripción minuciosa y correcta de las características formales y funcionales de la cerámica, pero se omiten las analogías arqueológicas que permiten una visión más completa del papel que jugó el centro ceremonial no solamente en relación con otros de la zona, sino con los yacimientos más importantes del altiplano guatemalteco y, aunque al parecer en menor medida, de las tierras bajas mayas.

Además de estas consideraciones, creo que están implícitas en esta y en otras monografías que versan sobre el programa de arqueología de salvamento de la cuenca del Chixoy, una serie de datos que revisten gran importancia para la historia del altiplano guatemalteco en su etapa prehispánica.

Hasta hace poco tiempo, las investigaciones arqueológicas practicadas sobre las tierras altas sugerían que las regiones tradicionalmente conocidas bajo el término de Altiplano Oeste y Norte habían estado desocupadas hasta finales del período Formativo Tardío, en torno al año 100 de nuestra Era; por el contrario, la llanura costera del Pacífico y las tierras altas centrales presentaban huellas de ocupación desde el Preclásico Temprano y Medio. Este panorama permitía a los investigadores formular diferentes hipótesis acerca del poblamiento de las tierras bajas mayas, en las cuales se excluían estas dos regiones como zona de paso. Sin embargo, a partir de los últimos descubrimientos en Sakajut, El Portón y otros yacimientos emplazados en el norte de El Quiché, Alta y Baja Verapaz, se puede alterar este panorama y confeccionar nuevas inferencias sobre los primeros momentos del formativo en el área. La localización de gran cantidad de pequeños sitios dispersos a lo largo de la cuenca del Chixoy y de sus afluentes tributarios durante el período Preclásico Medio (alrededor del 550 a. de C.) —algunos de los cuales habían logrado levantar pequeñas estructuras de carácter religioso—, me parece de enorme relevancia, por cuanto que demuestra que ya por esta época pudieron existir centros potencialmente tan poderosos como los levantados en el altiplano central una centuria antes, y que su importancia para el desarrollo cultural de la región aún no se ha establecido por completo.

El segundo aspecto que resulta interesante es la escasa documentación existente en el sitio y en la zona acerca de las características de la ocupación protoclásica. Es éste un problema que se repite de un sitio a otro de las tierras altas de Chiapas y Guatemala y que nos ha obligado —dado que en cada yacimiento tan sólo aparecen dos o tres rasgos característicos, entre los que casi siempre figuran los platos tetrapodos mamiformes— a definir este complejo con cierta inseguridad. En ningún caso nos ha sido posible establecer el origen y las consecuen-

cias de los cambios e innovaciones tecnológicas, religiosas, económicas, políticas y, en una palabra, culturales, que implica el concepto del período Protoclásico. El caso de Los Encuentros es un ejemplo más que sumar a las consecuencias extraídas en Chamá, Zacualpa, La Lagunita, Las Victorias (Salcajá) y otros muchos sitios excavados.

Por último, quiero llamar la atención en el énfasis que de manera tan clara y brillante ha puesto Ichon sobre una serie de rasgos que afectan tanto a la arquitectura como a la cerámica y a la religión practicada en Los Encuentros, los cuales parecen indicar la existencia de un complejo que, conocido bajo la denominación de Epiclásico, se ha verificado en una serie de centros emplazados en el norte de El Quiché. Presumiblemente, este complejo tiene unas limitaciones temporales establecidas según los sitios entre el 800 y 1100 d. de C., pero aún no se ha podido constatar la presencia de un nuevo período para toda la zona. No obstante, a medida que avanzan las investigaciones sobre el área norte de El Quiché y las tierras altas, cada vez aparecen más yacimientos que manifiestan este momento. Este problema pone en evidencia la necesidad de una nueva definición del Postclásico (y, en realidad, de una revisión en profundidad de la periodización tradicional aplicada al área maya), puesto que yacimientos en que subsisten multitud de rasgos del Clásico Tardío después del 900 d. de C. —a los que se suman otros de filiación mexicana— son cada vez más numerosos y manifiestan la presencia de un momento cultural nuevo que raramente se extiende más allá del 1100. Alain Ichon ha dado un gran salto adelante al proporcionar un completo catálogo de los elementos que se pueden considerar epiclásicos, pero se hace necesario un conocimiento más profundo que nos permita definir con rigor el concepto y sus posibilidades de aplicación en grandes regiones del atiplano maya.

En definitiva, la monografía sobre el sitio de Los Encuentros constituye —junto con los otros trabajos publicados sobre la cuenca del Chixoy— un conjunto de información bastante completo de una zona que, por su difícil acceso y por encontrarse algo alejada de las rutas comerciales tradicionales, ha sido sistemáticamente olvidada por los arqueólogos, pero que en tiempos recientes ha demostrado estar habitada desde el Preclásico Temprano, y pudo haber jugado un importante papel cultural en el desarrollo de las comunidades prehispánicas de las tierras altas mayas.

Andrés CIUDAD RUIZ

HAMMOND, Norman: *Ancient Maya Civilization*. Cambridge University Press. Cambridge, 1982. 337 pp., 146 ilustraciones.

Periódicamente aparecen en el mercado de libros de arqueología americana manuales de mayor o menor ambición sobre la antigua cul-

tura maya. Es bueno que así sea; los manuales presentan, o deben presentar, mediante síntesis claras y rigurosas, el estado del conocimiento en el momento de la publicación. Van dirigidos, sobre todo, a estudiantes, profesionales de campos afines, mayistas demasiado especializados en aspectos concretos y público culto en general, este último felizmente en aumento por lo que toca al interés y curiosidad por la fascinante civilización prehispánica de los bosques húmedos del sur de Mesoamérica.

Sin embargo, debido tal vez a la constante parcelación de los temas de estudio, y a la consecuente incapacidad de los autores para abordar con la misma soltura todos y cada uno de los apartados en los que la investigación profundiza aceleradamente, los manuales recientes van limitando sus horizontes y tienden a convertirse en repasos algo superficiales a los problemas más sugestivos o candentes. No por eso dejan de ser necesarios, aunque empeños como el de Morley en los años cuarenta sean ahora irrepetibles o requieran de un tiempo y un esfuerzo de dudosa rentabilidad. Desde luego que los especialistas recibiríamos de buena gana un manual semejante al que Jacques Vandier dedicó hace tres décadas a la arqueología egipcia, pero quizá sea demasiado pedir a los atareados estudiosos del último cuarto del siglo xx, a no ser que fuera realizado con menos detalle y en la forma colectiva del *Handbook of Middle American Indians*.

Norman Hammond, prestigioso arqueólogo británico, conocido especialmente por las excavaciones en Lubaantun y por sus extraordinarios descubrimientos en Cuello, ha redactado un manual de calidad que además ha sido bellamente editado por Cambridge University Press. Ante la decisión de qué temas seleccionar para su libro, Hammond ha optado por ofrecer a los lectores una breve crónica de los tópicos corrientes junto a los asuntos que preocupan ahora a los investigadores, mencionando ejemplamente los nuevos hallazgos. Una bibliografía selecta, comentada por encima, completa la obra.

Sin embargo, partiendo de este aparente propósito, hay algunos capítulos que tienen poca justificación, salvo que el autor deseara dar mayor amplitud o «cuerpo» al libro. Las páginas (8 a 32) dedicadas a los viajes de Stephens y Catherwood en el siglo xix sobran realmente, puesto que son historia muy conocida y al alcance de cualquiera (por ejemplo, en el ameno libro de Victor von Hagen *Search for the Maya*, publicado por Saxon House y traducido ya al castellano), y podían haber sido aprovechadas en dar cuenta o profundizar los rasgos metodológicos, o bien haber dado más extensión a la excesivamente breve historia de la mayística que sigue a continuación. Es evidente que las etapas por las que pasa un campo de estudios reflejan los intereses ideológicos de las sociedades que lo impulsan; las relaciones de los investigadores españoles, ingleses y norteamericanos con la antigua

cultura maya, y los enfoques que han guiado sus pesquisas, ponen de manifiesto los avatares de las respectivas «políticas científicas» (o «políticas» a secas) en las dos últimas centurias. Estas sutiles conexiones son omitidas en el conservador trabajo de Hammond.

El resto de la obra (pp. 67 a 303) fluye a una altura adecuada, las necesarias pinceladas descriptivas se combinan en la debida proporción con inteligentes interpretaciones, según las hipótesis sugeridas por aquellos que recogieron los datos. Destacan, para mi gusto, los apartados de *subsistencia y asentamiento, comercio y contactos externos y arquitectura y arte*. Hubiera podido esperarse mayor información, no obstante, sobre organización política y sistema dinástico. El tema de la religión transcurre por cauces tradicionales, sin el aparato crítico que va siendo necesario utilizar para discernir la situación clásica de la que encontraron los conquistadores. Por cierto que la religión es todavía, a pesar de su enorme importancia, un asunto por el que se pasa como de puntillas; y cada vez hay menos disculpas para ello, pues a los trabajos de Thompson se añaden ahora los muy variados sobre iconografía y la decisiva aportación de Yurii Knorozov a la comprensión de los códices.

Finalmente, la ilustración, buena y abundante, hace fácil la lectura a los menos iniciados. Mapas y fotografías son de la excelente calidad a que nos tienen acostumbrados las cuidadas ediciones anglosajonas.

Miguel RIVERA DORADO

Simposio «Federico Lunardi Americanista». En *Terra Ameriga*, núm. 42. Revista dell Associazione Italiana Studi Americanista. Génova, 1981. pp. 137 + láminas.

Entre los días 22 y 24 de abril se celebró en Génova un simposio en el que participó un conjunto de investigadores españoles e italianos que tenían como objeto analizar la vida y obra de monseñor Federico Lunardi en su dimensión de americanista, a la vez que celebraban el centenario de su nacimiento. Nacido en Livorno en 1880 y ordenado sacerdote en 1910, este estudioso fue ocupando diversos cargos eclesiásticos hasta que las misiones diplomáticas dependientes del Vaticano le obligaron a desplazarse primero a Cuba (1916-1920) y luego, sucesivamente, a Chile, Colombia, Brasil, Bolivia, Honduras y Paraguay, países donde transcurrieron casi treinta y ocho años de su dilatada vida. El paso por una gran cantidad de regiones iberoamericanas, junto al gran interés suscitado por las culturas nativas con las que tuvo contacto, avivaron su preocupación por su origen y desarrollo cultural; lo que le llevó a ser el primer americanista de Italia y uno de los pio-

neros en extender en este país el conocimiento de la arqueología, la etnografía y la historia del continente americano. A este respecto, logró formar una enorme biblioteca, un rico archivo fotográfico, gran cantidad de escritos y apuntes y una variada colección de piezas arqueológicas procedentes de Honduras, Centroamérica y de la región andina; acervo que ha sido objeto de un detenido estudio por los investigadores del simposio que nos proponemos reseñar.

Dada la diversidad de la documentación legada y de las regiones visitadas por el homenajeado, el estudio que comentamos contiene vías de investigación diferentes que sólo se pueden concatenar a partir de la intensa vida de la persona que recopiló la información. En este sentido, merece la pena detenernos en la primera parte, o quizás la introducción, en la que Manuel Ballesteros traza un minucioso perfil de la vida y obra americanista de Federico Lunardi, a pesar de que aún existen parcelas de desconocimiento al respecto y, como el propio autor destaca, «... su enorme archivo fotográfico y documental será la base para que algún doctorando tome como tema de su tesis la figura y la obra de este autodidáctico científico italiano...», lo cual nos puede proporcionar nuevos datos sobre las culturas americanas hacia los que orientó su interés.

El primer bloque de investigaciones está dedicado al análisis de las colecciones arqueológicas, y puede dividirse en dos conjuntos definidos por la procedencia de las piezas revisadas: objetos procedentes de Honduras y Centroamérica, estudiados por José Alcina y Josefina Palop, y por Emma Sánchez Montañés, y cerámica andina catalogada por Miguel Rivera.

El trabajo llevado a cabo por los dos primeros autores tiene como objeto analizar una amplia colección de cerámicas cuya procedencia más probable es el noroeste y centro de Honduras o, lo que es lo mismo, la región de la frontera sur de Mesoamérica. Las piezas quedan encuadradas en dos amplias unidades: Ulúa Polícromo con tres estilos menores y la conocida bajo el término «Bold Geometric». Ambos grupos cerámicos están ampliamente representados en la colección Lunardi y, aun con las claras desventajas y dificultades que lleva implícito todo estudio de colecciones privadas —por la confusión existente acerca de la procedencia de las piezas y la carencia de información en torno al contexto tempoespacial y cultural en el que fueron halladas—, permiten a los autores plantear una serie de cuestiones muy significativas sobre la historia de la región. Entre ellas destaca su clara afiliación mesoamericana, manifestada tanto en los diseños de origen mayoide como en la distribución geográfica de los objetos. A esta tradición parece superponerse un desarrollo cultural local.

A conclusiones semejantes llega Emma Sánchez en su análisis de las figurillas de la colección. Aunque el 37 por 100 de los objetos no es

de origen hondureño, el 63 por 100 restante pone inequívocamente de manifiesto tanto su origen mesoamericano como la influencia de la cultura maya en la zona. Cronológicamente, los artefactos coleccionados corresponden a intervalos del período Preclásico Tardío (400-200 a. de Cristo) y del Clásico Tardío (500-700 d. de C.), coincidiendo este segundo grupo con la aparición de la cerámica estudiada por los autores mencionados en el párrafo anterior.

En definitiva, los objetos hondureños de la colección Lunardi definen la zona del centro y norte de Honduras como un área de influencia de la región más meridional de Mesoamérica, a la vez que constituyen una nutrida muestra de los artefactos típicos de la zona que, aun fuera del contexto cultural y cronológico, son de gran utilidad a la hora de corregir o corroborar las conclusiones de investigadores que han realizado análisis más sistemáticos sobre ella.

La colección de piezas arqueológicas se completa con un espléndido grupo de objetos recuperados en el área andina. En esta ocasión, el estudio de los artefactos, realizado por Miguel Rivera, presenta un conjunto semejante de dificultades, a las que hay que sumar el hecho de que las regiones a las que posiblemente pertenecen las cerámicas han permanecido casi desconocidas para la arqueología hasta la actualidad. Las piezas en cuestión corresponden a tres zonas andinas diferentes, aunque presentan el denominador común de pertenecer a etapas tardías del desarrollo cultural andino (Horizonte Medio y Horizonte Tardío, es decir, poco tiempo antes de la dominación inca): cerámica Tiahuanaco, cerámica Mollo —ambos sitios en Bolivia— y cerámica peruana, procedentes algunas de la costa central y otras de las tierras altas. En definitiva, este conjunto de objetos es, una vez más, un claro exponente de la aparición de determinados estilos artísticos en regiones muy concretas y, aunque de limitada utilidad en el análisis de la evolución cultural de tales áreas, constituyen una base fundamental con respecto a la verificación de determinadas hipótesis acerca de la distribución geográfica de estas culturas, así como de sus contactos culturales y comerciales con otros pueblos.

Completando la dimensión de arqueólogo de Federico Lunardi, Leoncio Cabrero y Concepción Bravo analizan el contenido científico de treinta y nueve libretas de notas que el homenajeado recogió a lo largo de sus estancias en Guatemala y Honduras. De esta forma, todas aquellas piezas prehispánicas recolectadas en el área norte y central de Honduras se llenan de contenido mediante la descripción de diversos pueblos mayas de ambos países; descripción etnográfica enriquecida y revalorizada por sus observaciones geográficas e históricas que se van deslizando a lo largo del texto recogido en las mencionadas libretas.

Esta segunda vertiente de monseñor Lunardi se ve acentuada en los tres pequeños cuadernos de notas escritos a raíz de su estancia en

Bolivia en calidad de Nuncio Apostólico, en los cuales centra su interés sobre el estudio de los aymarás de Santiago de Collana, pueblo situado a unos 50 km. de La Paz. No cabe duda, como deja entrever Laura Laurencich-Minelli, que sus minuciosas notas y exactas apreciaciones acerca de algunos pueblos del altiplano andino realizadas en la segunda mitad de los años treinta, son de indudable valor para la interpretación del desarrollo cultural de estas comunidades desde los últimos tiempos de la colonia hasta la actualidad. Son, además, muy útiles por constituir una serie de estudios pioneros en los que se recogen una gran cantidad de rasgos y elementos culturales que, por desgracia, han desaparecido y no pueden ser comprobados hoy día por los estudiosos de la región.

La vida, trayectoria y dimensión eclesiástica y humana de monseñor Lunardi son objeto de sendas comunicaciones realizadas por José Muñoz y Ernesto Lunardi. La primera de ellas se me antoja de gran importancia e interés, tanto por analizar de manera exclusiva la manera de ser y el *modus vivendi* del homenajeador como por efectuar un estudio exhaustivo de las nunciaturas apostólicas en Iberoamérica tras la independencia de España. A nadie se le oculta la capital importancia que desde 1829, año en que se creó la primera Delegación Apostólica en Brasil, han tenido las Nunciaturas en el desarrollo de la diplomacia vaticana en esta región del continente americano.

Pienso, en definitiva, que esta valiosa aportación al conocimiento del patrimonio científico e intelectual de monseñor Federico Lunardi en su vertiente de americanista, nos proporciona un completo panorama, tanto de la trayectoria particular del hombre como del desarrollo sociocultural, artístico y económico de las regiones y países en los que desempeñó su actividad profesional. La dedicación exclusiva de un simposio y de un número especial de la revista *Terra Ameriga* a la figura de uno de los principales americanistas italianos no sólo me parece muy adecuada, sino que puede servir de ejemplo para reconstruir nuestra propia historia científica e intelectual a partir de innumerables figuras, a veces un tanto olvidadas, del americanismo español.

Andrés CIUDAD RUIZ

JACOB, François: *El juego de lo posible: ensayo sobre la diversidad de los seres vivos*. Colección Biología y Psicología de Hoy, Serie menor, Grijalbo. Barcelona, 1982. 132 pp.

Este libro trata de herencia y reproducción, de sexualidad, de envejecimiento y de moléculas, pero, ante todo, de la teoría de la evolución, de su *status* y su contenido. Desgraciadamente, a juzgar por las publi-

caciones de los últimos años, estos temas carecen de interés para la mayor parte de los antropólogos. En la actualidad, el conocimiento científico muestra una marcada tendencia hacia la especialización en áreas muy restringidas. Existen numerosas razones que explican y de algún modo justifican este proceder, pero sean cuales sean las causas, lo cierto es que las ciencias aparecen ante nosotros como islas separadas, como compartimientos estancos. En el terreno antropológico viene ocurriendo algo muy similar con las relaciones entre la antropología cultural y/o social y la antropología física. Evidentemente, existen formas distintas y peculiares de enfocar el estudio de la realidad, máxime cuando esa realidad es tan compleja como la actividad humana. Una consideración fundamentalmente práctica y operativa originó en su momento la separación entre ambos enfoques del estudio antropológico. Pero hoy en día da la impresión de que tienen pocas cosas en común. De seguir así, dentro de unos años hablaremos idiomas diferentes y ya nadie recordará que descendemos de un antepasado común.

Jacob nos muestra en este breve ensayo lo estéril que puede resultar para el desarrollo científico la adopción de posturas exclusivistas y dogmáticas. Sirva de ejemplo la vieja polémica —que hoy sigue siendo de actualidad— entre lo innato y lo adquirido. Para algunos etólogos, como Konrad Lorenz e Irenaus Eibl-Eibesfeldt, existen preprogramaciones en esferas perfectamente determinables del comportamiento humano. A lo largo del proceso de adaptación filogenética de nuestra especie se han ido estableciendo una serie de preprogramaciones que determinan el comportamiento humano. La conducta del hombre hacia el medio ambiente sería fundamentalmente aprendida, mientras que la conducta hacia sus semejantes sería innata. De aquí la incapacidad del hombre para resolver sus problemas intraespecíficos. Para otros científicos, como Karl Dieter Opp, la conducta humana es predominantemente aprendida. No existe ninguna naturaleza propia del hombre y las normas de conducta, lejos de venir impuestas biológicamente, son el resultado de la educación que recibe.

Jacob intenta evitar esta oposición entre herencia y medio, no se trata de aspectos opuestos entre sí, son complementarios. En los organismos menos evolucionados su conducta aparece totalmente condicionada por los genes. Pero en los organismos más complejos (como es el caso del hombre) la genética permite algunas potencialidades (posibilidades) de desarrollo. Su comportamiento es el resultado de una continua interacción entre los genes y el medio. Desde esta perspectiva podríamos decir que la cultura se mueve dentro de un espectro de posibilidades que los hombres manejan según sus intereses. «Las actividades humanas, el arte, la política, la ciencia, etc., son formas específicas, cada una con sus propias reglas, de practicar el juego de lo posible.» Los mecanismos de propagación de las «rasgos culturales»

son lamarquianos. Nuestro mundo cultural y social evoluciona con mucha más rapidez que nuestro mundo biológico y, por lo tanto, los determinantes fundamentales del hombre son el aprendizaje y la herencia cultural.

En la actualidad hay algunos antropólogos que son conscientes de la importancia de estos temas al emprender el estudio científico de la actividad humana, y curiosamente provienen de concepciones teóricas muy diversas. Este es el caso de Marvin Harris, Marshall Sahlins, Erwin Goodenough, Arturo Valls, etc.

François Jacob es un científico y un humanista. Forma parte de un espécimen humano a punto de extinguirse en el que podríamos incluir a pensadores como Jacques Monod, Edgard Morin, etc. Jacob hace que la ciencia trascienda del estrecho marco de su laboratorio; las moléculas y los genes abandonan su mutismo cotidiano y nos hablan de los misteriosos mecanismos de la evolución, cuya variedad ha hecho posible que nuestra especie exista y tenga un futuro.

FÉLIX JIMÉNEZ VILLALBA

ANDREWS, George. *Maya Cities*. University of Oklahoma Press, 1975. 468 pp., 351 gráficos, planos y fotografías.

Dice Ortega y Gasset:

El concepto de Espacio abierto, separado de la naturaleza por límites específicos, es el ingrediente necesario en todo esfuerzo de «civilización de la naturaleza». George Andrews encuentra en esta cita la apoyatura que precisaba para plantear su hipótesis del nacimiento y desarrollo de los centros ceremoniales. Con esa idea bien fija y a partir de los ya superados esquemas de Gordon Childe sobre la evolución urbana y de Sjoeborg sobre la ciudad preindustrial hace Andrews un excelente análisis sobre la concepción de la ciudad y sus orígenes, sobre la conocida polémica de si los centros ceremoniales pueden considerarse o no ciudades, sobre el nacimiento de dichos centros ceremoniales y el posterior desarrollo de sus elementos urbanos —plazas, terrazas, plataformas, patios, calzadas, etc.—, pasando después a estudiar detalladamente los distintos tipos de edificios.

Se detiene uno por uno en todos ellos y presenta algunos esquemas comparativos acerca del diseño de los conjuntos urbanos básicos: los grandes palacios, las acrópolis, los cuadrángulos, etc., prestando especial atención a las organizaciones de edificios con criterios astronómicos.

Un breve análisis de las técnicas constructivas y el recorrido hacia el origen de todas ellas a través de una cabaña ideal representativa de los modelos de vivienda de las Tierras Bajas, completan una densa primera parte en la que Andrews sitúa todo lo que de interesante tiene el libro. A partir de aquí el lector puede limitarse a contemplar las numerosas fotos y restauraciones gráficas que ilustran una selección de centros ceremoniales que no se nos explica muy bien con qué criterios se ha realizado. Resulta demasiado directo el interés de Andrews sólo por los centros arqueológicos más conocidos. Su trabajo intenta ofrecer un planteamiento global de la arquitectura de los pueblos mayas, pero la encasilla en un esquema fraccional del que quedan excluidos todos los casos singulares y todas aquellas excepciones susceptibles de confirmar las reglas urbanísticas que obtiene sólo a partir de los modelos más representativos de cada región, y aun así, no de todas.

Me explico. Si el libro se llamara *Maya cities of the Central Lowlands and Yucatan*, por lo menos entenderíamos por qué el autor ignora los centros del altiplano guatemalteco hasta las páginas inmediatamente anteriores al epílogo, en que para nuestra sorpresa se detiene a explicarnos con todo detalle las repulidas estructuras (pues se hace difícil llamarlas ruinas) de la capital de los mames: Zaculeu, sin hablar para nada de su entorno ni citar siquiera nombres como Kaminaljuyú, Utatlán, Iximcvhé o Nebaj, por no hablar ya de El Baúl, Las Victorias, Abaj Takalik o Izapa que uno espera encontrarse en una descripción general de las ciudades desde el Formativo hasta el Postclásico. También se echa de menos alguna referencia a los centros clásicos del área de influencia de Tikal, como puedan ser Yaxhá, Nakum o Naranjo, y de otros periféricos como Calakmul, El Mirador, Naachtún, o las mismísimas Cobá o Altar de Sacrificios, por citar algunos nombres, de los que se prescinde en este libro. Asimismo, ninguno de los grandes Centros ceremoniales de Belice o de las importantes áreas Chenes y Río Bec merece la atención del autor. Por supuesto no figura diferenciación estilística alguna, cosa que de alguna manera ayudaría a la comprensión de un tema tan amplio y genérico como el que aquí se acomete.

Un estudio sobre las ciudades debe ser algo más que una descripción de algunas de ellas, pero sobre todo ha de someter a consideración algunos elementos que aunque a la urbanística de nuestro tiempo no le interesen, a la de esta cultura muy probablemente sí. Me estoy refiriendo a la función urbana que los edificios más representativos tienen en sí mismos, a la simbología que conllevan, a las orientaciones elegidas, a los materiales de construcción empleados y a los efectos escenográficos que pueden producir, y todos estos puntos, que sin embargo se esbozan en la primera parte del libro, no aparecen al hacer

análisis de las diferentes ciudades. Quizá haya un exceso de sintetismo o más bien de «Lo-más-representativismo», y conviene en estos casos recordar a Ruz Lhuillier cuando decía que estos métodos comparativos corren el peligro de confrontar demasiado los datos, e inconscientemente ir reduciendo los que eran «característicos» a los que son «más representativos», prescindiendo de todos esos matices que pasan a ser superfluos cuando se está llegando al fondo de alguna cuestión, pero que son imprescindibles si se pretende tener una visión detallada del hecho arquitectónico.

Fernando CABALLERO BARUQUE

MILLONES, Luis, y TOMOEDA, Hiroyasu (eds.): *El hombre y su ambiente en los Andes Centrales*. [1982]. Osaka. Museo Nacional de Etnología. Col. «Senri Ethnological Studies», núm. 10. VI + 307 pp. con 14 tablas, 6 grabados de línea, 33 fotograbados, 18 mapas y planos y un mapa desplegable fuera de texto.

La importante obra que vamos a comentar recoge las ponencias presentadas en el Cuarto Simposio Internacional del Museo de Etnología en Osaka, celebrado en diciembre de 1980, simposio cuyo título coincidía con el de la publicación y al que concurren especialistas peruanos, japoneses y norteamericanos.

El tema general puede centrarse en una revisión, actualización y puntualizaciones en torno a la *verticalidad*, su origen y pervivencias coloniales y actuales, acaecidas desde la definición del término por John V. Murra y las polémicas suscitadas tras la formulación de los mecanismos económicos de que se han valido los hombres andinos para la adaptación a su medio y, en lo posible, al dominio del mismo, sin olvidar las distintas formas y peculiaridades, manifiestas en las observaciones realizadas, así como la diferente intensidad, en cuanto a distribución espacial, en el Tahuantinsuyu, el Virreinato y la época más reciente.

Se demuestra una vez más la remota tradición del sistema en su conjunto y las pervivencias contemporáneas del mismo, así como la consecuencia inmediata de su estudio: el valor otorgado a las fuentes documentales que vendría a suponer, de entrada, la búsqueda y publicación de aquéllas; la generalización comparativa entre las distintas áreas culturales, en especial costa-sierra; el reconocimiento de los factores ecológicos y el énfasis historicista puesto en las hipótesis por los antropólogos; en suma, la definición y aplicación del método etnohistórico al estudio del área andina y las puntualizaciones y correcciones a base de localismos, estudios que en su conjunto permiten ciertas generalizaciones.

Tras los agradecimientos y una breve introducción de Luis Millones e Hiroyasu Tomoeda, se ofrece un conjunto de diez trabajos que se pueden agrupar por parejas atendiendo a la concurrencia de aspectos tratados.

Alejandro Camino, en «Tiempo y espacio en la estrategia de subsistencia andina: un caso en las vertientes orientales sudperuanas», encuentra en Cuyo-Cuyo un sistema de adaptación basado en la verticalidad, enfatizando en su estudio la necesaria integración del factor temporal complementando al espacial. En tanto que Norio Yamamoto, en «A Food Production System in the Southern Central Andes», trata de establecer un modelo de autosuficiencia agro-ganadera en Marcapata, Departamento de Cuzco, con el registro de los factores ecológicos, las aplicaciones tecnológicas y los modelos preexistentes, entre los que elige el *compressed type* de Brush. En ambos casos se trata de estudios locales de comunidades de ceja de montaña en la vertiente oriental de los Andes peruanos.

Jorge A. Flores Ochoa, en «Causas que originaron la actual distribución espacial de las alpacas y llamas», se centra en la reducción de los espacios geográficos dedicados a la ganadería de auquénidos, que en la actualidad se concretan en cotas superiores a los 4.000 metros debido, entre otras causas, a la sustitución por ovinos en altitudes inferiores, por imposición foránea, iniciada con la colonización española, que hoy, además de reducir dicho ámbito y sustituir en las zonas óptimas el tipo de ganadería, ha producido modificaciones en la adaptación de los animales, con las consiguientes consecuencias en la explotación y las formas de vida de las comunidades afectadas. Shozo Masuda, en «Dinamismo interregional en los Andes centrales», ofrece el estudio de pautas del intercambio económico centrado en los productos de carácter marino, como forma tradicional desde épocas remotas, apoyándose en gran número de testimonios historiográficos coloniales. En ambos casos el ámbito estudiado es regional y la actividad en torno a la fauna el indicador dominante para el estudio.

Franklin Pease, en «Relación entre grupos étnicos de la Sierra Sur y la costa: continuidades y cambios», demuestra la pervivencia de la reciprocidad en las áreas señaladas durante la época colonial, centrandó el estudio entre Moquegua, Arequipa y Chucuito, a pesar de insertarse en un orden foráneo y de la engañosa imagen de adaptación que a primera vista puede apreciarse en la documentación conocida sobre la población de dichas zonas. Por su parte, Susan Ramírez-Horton, en «Retainers of the Lords or Merchants: A Case on Mistakan Identity?», plantea el cambio de actividad artesanal por comercial en Lambayeque y Pacasmayo, como consecuencia de la desarticulación del sistema político autóctono durante la colonia y como forma de mantener las relaciones tradicionales impuestas por la reciprocidad y políticamente

disfuncionales bajo la administración hispánica. En áreas distintas se presentan problemas similares y su tratamiento común, desde la etnohistoria, les proporciona unidad.

Izumi Shimada, en «Horizontal Archipelago and Coast-Highland Interaction in North Peru: Archaeological Models», aprovecha las posibilidades arqueológicas de la región de Lambayeque para proponer y tratar tres problemas de importancia: la diversidad de los valles costeros oculta debido a generalizaciones precipitadas, la posibilidad teórica de definir «archipiélagos horizontales» y la pervivencia de pautas productivas en un largo período, a pesar de los cambios de control sociopolítico, así como las relaciones con otras áreas y las diferentes pautas en las referentes a costa-sierra acusadas en el registro arqueológico. Yoshio Onuki, en «Una perspectiva prehistórica de la utilización ambiental en la Sierra Nor-Central de los Andes centrales», presenta una corrección a la cronología de Lumbreras y hace retroceder el origen de la verticalidad al período Lítico Tardío, el Precerámico III y IV de Willey, considerando que aquélla fue un factor que liberó a las antiguas poblaciones andinas de una dependencia de zonas concretas y fijas; presenta como secuencias los avatares y crisis del sistema en sí y las influencias ambientales determinantes de diferencias profundas, así como su existencia o práctica ausencia como las acusadas en los estudios arqueológicos realizados en el sur y costa norte, respectivamente, aunque el estudio se centre en la región de Huánuco y colindantes a lo largo del río Huallaga. En ambos casos la perspectiva temporal se dilata y la metodología arqueológica permite rastrear los orígenes de la verticalidad y su difusión gradual mediante comparaciones.

Cierran el conjunto de trabajos los de Luis Millones, «Brujería en la costa/brujería en la sierra: estudio comparativo de dos complejos religiosos en el área andina», donde el autor busca el mundo de creencias oficiales y populares con las que se encontraron los europeos en su contacto con las poblaciones aborígenes, a través de la comparación y enfrentamiento entre los sistemas de creencias *inka* y *chimú*, los dos imperios tardíos de la sierra sur y costa norte. Por su parte, Hiroyasu Tomoeda, en «Folklore andino y mitología amazónica: las plantas cultivadas y la muerte en el pensamiento andino», establece el sustrato común en la tradición andina a partir de análisis de elementos diferentes: cuentos populares, fiestas de carnaval y juegos de niños, con los que perfila un mapa de distribución de gran amplitud y acusa las relaciones interregionales. En ambos casos el análisis se hace más complejo, dadas las características abstractas que imperan en los temas ideológicos, condicionados por las fuentes pero suponiendo de algún modo una síntesis decantada de lo común dentro de lo diverso.

Una relación de autores cierra el conjunto de trabajos que se presentan con la necesaria ilustración, cartografía, tablas y bibliografía amplia, cuyo conjunto supone un esfuerzo, desde diversos ángulos y metodologías, de sugerencia y avance con respecto a uno de los temas de mayor importancia para la comprensión del mundo de los Andes y sus habitantes a lo largo del tiempo.

Lorenzo Eladio LÓPEZ Y SEBASTIÁN